El libro de las fábulas

Ilustraciones
Emilio Urberuaga

COMBEL

© 2010, Albert Jané, por el texto original
© 2010, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, por la adaptación
© 2010, Emilio Urberuaga, por las ilustraciones
© 2010, Combel Editorial, SA
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
combeleditorial.com

Diseño gráfico: Pepa Estrada
Coordinación editorial: Jordi Martín Lloret

Quinta edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-9825-499-0
Depósito legal: B-28.816-2011
Printed in Spain
Impreso en Índice, SL
Fluvià, 81-87 – 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

El perro y el lobo

Aquel invierno fue lo que se dice riguroso, frío y crudo a más no poder, y el pobre lobo no logró saciar el hambre ni una sola vez. Tanto es así, que había pasado muchos días sin probar bocado, porque no había encontrado ni un conejo ni una liebre, ni una ardilla ni un mísero lirón careto, y todos los rebaños de ovejas estaban bien encerrados y guardados en la majada. Total, que se quedó en los huesos y a duras penas se tenía en pie.

Un día, por ver si mejoraba su suerte, se atrevió a acercarse a un caserío de la montaña y, de camino, vio pasar a un perro grande que iba husmeando todos los rincones y hurgando entre los zarzales. «¡Con qué gusto me lo comería!», pensó el lobo, pero, para eso, antes tendría que luchar y no estaba en condiciones. Y es que el perro era muy corpulento y vigoroso, un auténtico mastín de pecho ancho y fuerte y patas gruesas…, ¡y se le adivinaban unos caninos de miedo! Mientras que él, después de un ayuno tan prolongado, no tenía, ni muchísimo menos, la fuerza y la energía necesarias para enfrentarse a tan temible enemigo. Así pues, prefirió trabar una conversación pacífica y civilizada y, acercándose al perro con una carita de ángel que era para comérselo, muy amablemente vino a decirle:

–¡Buenos días, querido primo! Te encuentro la mar de bien. ¡Qué hermoso y lustroso estás! Señal de que te vienen bien dadas y no te falta de comer. En cambio yo, ya lo ves: por la pinta se conoce que llevo muchos días sin probar bocado. Si no es mucho pedir, te agradecería que me contases cómo lo haces, a ver si puedo hacer lo mismo yo y salgo del triste aprieto en el que me encuentro.

Al perro, que era un buenazo, lo halagaron mucho las amables palabras del pobre lobo, y le dijo:

–Pues, mira, si quieres, comer hasta hartarte haciendo lo mismo que yo no es tan difícil como parece; al contrario, es lo más fácil del mundo. Olvídate de esa vida de perdición que llevas en el bosque y la montaña y ven al pueblo; no será difícil encontrar un buen amo que quiera llevarte a su casa. Te dará un buen lecho de paja y todas las sobras de la mesa y dejarás de andar por ahí muerto de hambre.

Al lobo se le hacía la boca agua.

–¿Y qué tendría que hacer yo a cambio? –preguntó–. Porque, según tengo entendido, nadie da nada por nada.

–¡Bah! En resumidas cuentas, poca cosa –respondió el perro–: guardar la casa y, cuando algún mendigo o vagabundo se acerque demasiado, espantarlo enseñando los dientes. Y, si hay niños pequeños en la familia, dejar que te acaricien el lomo, que te hagan cosquillas en la coronilla o que te tiren un poco de las orejas. Además, en ese caso, te caen las mejores tajadas y gozas de unos privilegios que ni te lo imaginas.

El lobo no necesitaba saber más. Nunca se le había ocurrido que algunos animales pudiesen llevar una vida tan regalada. ¡De haberlo sabido antes…! Tan halagüeña pers-

pectiva terminó de convencerlo y echó a andar al lado del perro en dirección al pueblo más cercano, a ver si encontraba quien lo quisiera para guardar su casa. Pero entonces se fijó en que el perro, a pesar de su lustroso pelaje, tenía en el pescuezo una franja toda pelada.

–¿Qué te ha pasado ahí, en el pescuezo? –le preguntó, muy intrigado.

–¡Eso no es nada! –dijo el perro sin darle importancia.

–¿Cómo que nada? –insistió el lobo.

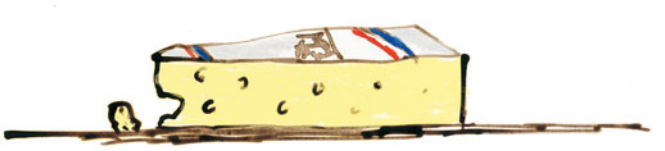
–¡Te digo que no es nada!

–Algo ha de ser –repitió el lobo.

–Pues, resulta que por la noche tienen la costumbre de ponerme un collar y atarme con una cadena, para que no me mueva ni me vaya a dar una vuelta –explicó el perro, como si fuese lo más natural del mundo.

–¿Que te ponen un collar y te atan con una cadena? –dijo el lobo, girando al punto sobre sus talones–. Eso sí que no me lo esperaba. Oye, mira, los collares y las cadenas no me convencen, conque yo me vuelvo al bosque, a lo alto de la montaña. Prefiero vivir libre y hambriento que atado y harto.

El cuervo y la zorra



Un cuervo de negro y lustroso plumaje, como todos los cuervos, se había encontrado –a saber en qué lugar– un gran trozo de queso de Holanda; se lo llevó a la rama más alta de un árbol, donde nadie pudiese molestarlo, y se dispuso a dar buena cuenta de él.

El queso despedía un olor exquisito y atrajo a la señora zorra, que tenía el olfato muy fino y siempre estaba pendiente de aprovechar cualquier ocasión. Se acercó al pie del árbol en el que estaba el cuervo, todavía con el queso en el pico, y, con la voz más dulce que pudo, le dirigió las siguientes palabras:

–¡Buenos días, ilustre señor cuervo! ¡Da gusto veros, de lo apuesto que sois! Parecéis el mismísimo hijo del rey. No hay pájaro que os iguale, con esas plumas tan negras, tan finas y resplandecientes. Os lo digo con toda sinceridad. Y aún os digo más: si vuestra voz es tan refinada y elegante como vuestro plumaje, os aseguro que ni el ave del paraíso podría compararse con vos.

Al oír los halagos que le hacía la zorra, el cuervo se puso más hueco que otro poco y, para demostrar que, en efecto, su voz hacía honor a la hermosura de su plumaje, el muy incauto abrió el pico y, naturalmente, el trozo de queso se

le cayó. La zorra, que no esperaba otra cosa, dio un salto y lo atrapó en el aire.

–Querido amigo –le dijo al cuervo, para rematar–, habéis de saber que los aduladores viven a costa de quienes se ufanan con los elogios. Creo que tan buena lección bien vale este trozo de queso.

El cuervo se quedó con un palmo de narices y, aunque para el queso ya era un poco tarde, avergonzado, se prometió no volver a caer nunca más en una trampa semejante.

La liebre y la tortuga

He aquí una gran verdad: ser tan veloz como el viento no lo es todo. Para llegar a tiempo, es necesario, además, no entretenerse por el camino, como veremos en la siguiente historia de la liebre y la tortuga.

Un buen día, la tortuga le dijo a la liebre:

–Oye, ¿apostamos a ver cuál de las dos llega antes a la fuente del Diablo?

Al oírlo, la liebre se echó reír a carcajada limpia.

–¡Ésta sí que es buena! –exclamó, muerta de risa–. ¡Qué cosas se te ocurren! Eres más lenta que un caracol, ¿y te crees que puedes ganarme a las carreras? ¡Tú estás mal de la chaveta!

–Di lo que quieras, pero ¿apostamos o no? –replicó la tortuga, muy segura y convencida.

La liebre, al verla tan empecinada, pensó en darle una lección y aceptó la apuesta: la que llegase primero a la fuente del Diablo sería proclamada campeona de velocidad de toda la comarca.

Al parecer, fue un gallo que paseaba por los alrededores quien, con un quiquiriquí muy sonoro, como los que soltaba al despuntar el día, dio la salida a las contrincantes y, así, comenzó la carrera hasta la fuente del Diablo.

La verdad es que la liebre, con cuatro saltos de los que daba cuando la perseguían los galgos, podía llegar la primera a la meta sin ningún problema, aunque, si lo hubiese hecho así, el concurso no habría tenido emoción. Sin embargo, como no vio necesidad de apresurarse, antes de echar a correr, se detuvo a almorzar en un prado de hierba tierna y jugosa que había por allí. Tan pronto como se hubo llenado la tripa con el delicioso manjar, le entró un sueñecito muy dulce y se puso a echar la siesta tan ricamente. «Luego, cuando me despierte», se dijo, «me dará tiempo de sobra a alcanzar a la tortuga y la adelantaré antes de que ella aviste siquiera la fuente del Diablo.»

La tortuga, por su parte, sin perder un momento, echó a andar poco a poco, a su paso lento y pesado, una patita tras otra, sin detenerse a descansar ni a recuperar el aliento. Sudaba lo suyo, desde luego, pero no aminoró la marcha.

Entretanto, la liebre, después de la siestecilla, corta pero reparadora, se entretuvo escuchando los cuchicheos de las urracas y las abubillas. ¡Contaban cada cosa! Total, que, como era una guasona (le venía de familia), se divirtió de lo lindo. Al cabo de un rato pensó, y con razón, que su contrincante debía de estar a punto de llegar a la meta. Y entonces sí que salió disparada como una flecha, dispuesta a recuperar el tiempo perdido tan imprudentemente.

De todas maneras, por más que se esforzó, ya no pudo hacer nada, porque, mientras ella, la velocísima, se dedicaba a comer, a dormir y a rascarse la tripa, la tortuga, con su famosa lentitud, le había sacado una ventaja tan grande que consiguió llegar la primera a la fuente y ganó

la apuesta, aunque, eso sí, por los pelos y sudando a mares. ¡Quién lo habría dicho! Pero así fue como sucedió y la liebre, que ya tiene de por sí un buen palmo de orejas, en aquella ocasión se quedó además con un buen palmo de narices.

Por eso se dice que las cosas deben hacerse sin prisa, pero sin pausa.

Las dos ratas y el mono

Érase una vez una pareja de ratas que andaba correteando por una despensa en busca de algo que comer, pero todo estaba en tarros perfectamente tapados o colgado de las vigas del techo, es decir, en sitios inalcanzables.

Al cabo de un rato, se subieron a un estante, encontraron un queso y se les ocurrió que podían llevárselo a su ratonera para comérselo tranquilamente. Pero con las prisas, se les cayó el queso al suelo y se partió en dos trozos, uno grande y otro pequeño.

A continuación, sucedió lo que era de esperar: que se pusieron a discutir porque las dos querían llevarse el trozo grande y ninguna el pequeño.

–¡Yo lo vi primero! –decía la una.

–¡Pero yo lo olí antes que tú! –contestaba la otra.

Y, como no se ponían de acuerdo, se fueron a buscar a alguien que quisiera hacer de juez y resolviese la peliaguda querella.

Se encontraron con un mono que rondaba por el jardín de la casa y, como les pareció que sería el juez más adecuado, le contaron el caso con pelos y señales para que, aplicando su buen criterio, tomase una decisión.

El mono, que era más listo que el hambre, escuchó